

**LA VIDA COTIDIANA
EN LA PRIMITIVA EXPERIENCIA FRANCISCANA
La perspectiva de la 2Celano**

FERNANDO URIBE

En el universo de la abundante y variada producción de las fuentes relacionadas con los orígenes franciscanos (hagiográfico-narrativas, diplomáticas, jurídicas, espirituales, iconográficas, arqueológicas,...), hemos optado por una que nos brinda una buena cantidad de noticias sobre la forma de vida de los Hermanos Menores y que a la vez refleja en cierto modo la evolución que se llevó a cabo durante los primeros treinta o cuarenta años de la Fraternidad minorítica. Nos referimos al *Memoriale in desiderio animae*, escrito por Tomás de Celano, mejor conocido como la 2Celano. El autor, quien ya había escrito la proto-biografía de San Francisco de Asís con motivo de su canonización en 1228, debió ocuparse nuevamente del santo dieciocho años después, por petición explícita de las autoridades de la Orden, con el fin de llenar los vacíos informativos que habían quedado en la *Vita beati Francisci* (la 1Celano) y, sobre todo, para ofrecer una conveniente información a las nuevas generaciones de hermanos que no lo habían conocido. Más que una biografía en sentido estricto, Tomás prefirió hacer una semblanza espiritual del fundador, a manera de un “espejo de perfección” en el que los hermanos de la Orden pudieran encontrar un modelo¹. Mirado

¹ Para una información más amplia sobre la obra hagiográfica de T. de Celano, nos permitimos remitir a F. URIBE, *Introducción a las hagiografías de San Francisco y Santa Clara de Asís* (siglos XIII y XIV), (Publicaciones Instituto Teológico Franciscano) Murcia 1999, cap. 1.

desde esta perspectiva, el *Memoriale* ofrece una buena cantidad de datos válidos sobre la forma de vida que llevaba Francisco junto con sus primeros compañeros.

Aunque tomaremos la *2Celano* como hilo conductor para la descripción de la vida cotidiana de la primitiva Fraternidad, cuando lo consideremos necesario recurriremos a la Regla y a otros Escritos de San Francisco relacionados con la forma de vida de los hermanos porque, como fuentes primarias que son, reflejan bastante bien no sólo su pensamiento sino también la praxis de la Fraternidad durante los primeros diez o quince años de vida. Con todo, el recurso que haremos a los Escritos será de paso, con la finalidad de verificar, por una parte, la fidelidad del Celanense al pensamiento del santo y, por otra, la eventual evolución de algunos aspectos de la vida cotidiana unos veinte años después de su muerte; será un recurso más evocativo que técnico y demostrativo².

Al escribir “los hechos y también los dichos del glorioso padre nuestro Francisco [...] para consuelo de los contemporáneos y recuerdo (*memoria*) de los venideros”³, Tomás de Celano no pretendió ofrecer un cuadro sistemático y completo de la vida cotidiana de los Hermanos Menores; sin embargo, a través de los diversos relatos podemos darnos cuenta de una serie de detalles interesantes que nos permiten reconstruirla de manera bastante aproximada. Casi siempre los datos se encuentran unidos al personaje central, Francisco, tomado como un modelo, pero no son pocos los que aparecen en relación con otros hermanos; en ambos casos se trata con frecuen-

² Sobre las relaciones entre la Regla de Francisco y la *2 Celano* en función de la forma de vida, cf. el estudio amplio y técnico de D. SCHIOPETTO, *Interpretazione e attualizzazione della Norma Vitae nel “Memoriale in desiderio animae” di Tommaso da Celano*, Pontificium Athenaeum “Antonianum”, Facultas Theologiae, Dissertatio ad Lauream n. 375, Romae 2000. Este estudio es particularmente útil para los temas relacionados con la acogida de los candidatos, la forma de vestir de los hermanos, la vida de oración y de penitencia, las relaciones con la autoridad, el cuidado de los enfermos, los medios de subsistencia y la actividad evangelizadora.

³ Prol. 1,1. El texto en español será citado normalmente según la traducción de Leonardo Celaya que aparece en *San Francisco de Asís. Escritos. Biografías. Documentos de la época*. Ed. preparada por J.A. Guerra, BAC, Madrid 1985³, 229-359, aunque, cuando lo consideremos necesario, le introduciremos los cambios que se ajusten mejor al texto latino. Para la división interna en versículos, seguiremos la propuesta en *Fontes franciscani*, a cura di E. Menestò e S. Brufani, Ed. Porziuncola 1995; usamos esta división, a pesar de que todavía no ha sido introducida en la edición española, con el fin de facilitar la localización del texto que nos interesa. Las citas irán entre paréntesis (parágrafo y versículo) en el curso de nuestra exposición cuando citemos textualmente y en nota al pie de página cuando sea una referencia, con el fin de no hacer pesada la lectura.

cia de detalles marginales. Las abundantes y variadas noticias se refieren a dos situaciones que, en el fondo, retratan muy bien la vida minorítica de los orígenes: I. la que se desarrollaba en un “lugar” de modo más o menos estable y II. la que se hacía durante la itinerancia apostólica.

I. *La vida en los “lugares” y en los “eremitorios”*

Antes de abordar la descripción de la vida que llevaban los hermanos en los lugares más o menos estables, conviene hacer algunas observaciones preliminares sobre la terminología, las características generales y la ubicación de los sitios habitados por ellos.

La primera cosa que llama la atención es que el término “convento”, desconocido en los Escritos de Francisco, tampoco aparece en la *2Celano* para referirse a la residencia de los hermanos. En su defecto se usa con mucha frecuencia el sustantivo “lugar” (*locus*)⁴ y en no pocas ocasiones también “casa” (*domus*)⁵. El diminutivo “habitacioncita” (*habitaculum*), que acentúa la pobreza y la pequeñez del “lugar”, aparece tres veces⁶. Una palabra que tiene una cierta importancia en el vocabulario del Celanense es “eremitorio” (bajo las formas *eremitorium* y *eremus*)⁷, dado que tienen unas características propias, entre las cuales hay dos como constantes: por una parte, que estaban alejados de las ciudades o poblados y, por otra, que en ellos se llevaba un estilo de vida peculiar, del cual el mismo Tomás de Celano nos ofrece el modelo clásico en la descripción hecha por el clérigo español mencionado en su obra⁸, la cual coincide en sustancia con la contenida en la “Regla para los eremitorios” dictada por Francisco.

En la *2Celano* no hay noticias suficientes que permitan deducir la forma que tenían los “lugares” habitados por los frailes. De todas maneras, el frecuente uso de los términos “celda” (*cella*) y “celdita” (*cellula*)⁹ hace pensar

⁴ Aparece usado en este sentido alrededor de 60 veces tanto en singular como en plural (*loca*). Para las estadísticas y concordancias verbales cf. G. MAILLEUX, *Thesaurus Celandensis. Concordance, Index, Listes de fréquence, Tables comparatives* (Corpus des Sources Franciscaines, I), CETEDOC Louvain 1974.

⁵ Aplicada a las habitaciones de los hermanos aparece cerca de 30 veces.

⁶ Este término aparece sólo una vez en uno de los últimos Escritos de Francisco, su Testamento [*Test*] 24, acompañado del adjetivo “pobrecitas” (*habitacula paupercula*).

⁷ “Eremitorium” aparece 5 veces y “eremus” 9.

⁸ Cf. 178,3-4.

⁹ Como “cella” aparece 27 veces, aunque una de ellas de modo figurado; como “cellula” se encuentra 7 veces.

que muchos de los lugares estaban divididos internamente en pequeños compartimentos o cuartitos; en algunos casos como en el monte Alvernia, la Porciúncula o Greccio, no todas las celdas estaban bajo un mismo techo, al estilo conventual, sino esparcidas independientemente por los alrededores, en forma de cabañas (*casellae*), palabra que apenas es usada una vez¹⁰. Probablemente en cada “lugar” había un “oratorio”, aunque de él sólo se habla en una ocasión¹¹; en la Porciúncula se hace mención explícita de una “iglesia” (*ecclesia*) construida en honor de la Virgen Madre¹². En el interior de los oratorios podía haber un pequeño “coro”¹³. Los “lugares” debían tener también una “cocina” (*coquina*) y una “despensa” (*cellarium*), vocablos que son mencionados sólo una vez¹⁴. En varios sitios figura la existencia de un “huerto” (*hortus*)¹⁵, usado no sólo para el cultivo de hortalizas y frutas sino también para la oración y las prácticas ascéticas¹⁶.

Una nota común a todos estos sitios es la sobriedad y la pobreza; los hermanos tienen su uso pero no la propiedad, de acuerdo con el mandato de la Regla de 1223 que dice: “nada se apropien, ni casa, ni lugar, ni cosa alguna”¹⁷. El empleo de los términos mencionados, en particular “casa”, es bastante genérico. Los eremitorios se caracterizan porque están dedicados de manera más especial a la oración y la contemplación, por lo cual se observa en ellos una fuerte disciplina de silencio y trabajo¹⁸.

Sobre la ubicación de los lugares habitados por los hermanos, en la *2Celano* se nota una cierta tensión entre la ciudad y el campo, como se desprende de la afirmación que el autor hace refiriéndose a Francisco después de que éste ha hecho un elogio de la mendicidad: “Por tanto, quería que los hermanos no sólo morasen en las ciudades sino también en los eremitorios” (71,7). Esta frase puede reflejar la evolución que en este sentido estaba

¹⁰ Cf. 56,1.

¹¹ Cf. 197,4.

¹² Cf. 18,3.

¹³ Cf. 123,1; 197,4.

¹⁴ Cf. 44,5.

¹⁵ Este término aparece 6 veces.

¹⁶ Cf. 117.

¹⁷ *Regla bulada* [RegB] 6,1; cf. *Regla no bulada* [RegNB] 7,13. Usamos estos títulos para referirnos a las que muchos editores inadecuadamente llaman, respectivamente, 2R y 1R.

¹⁸ Cf. la *Regla para los Eremitorios* [RegEr] en la que se prescribe de modo especial sobre el número de los hermanos que pueden estar en ellos, las tareas que ejercen alternándose en el oficio de “madres” y de “hijos”, la forma de cumplir con el rezo de las horas canónicas y la observancia del silencio.

experimentando la Orden cuando fue escrita la obra. Muchos de los episodios narrados por Tomás ocurren en “lugares” que se encuentran dentro de las ciudades o cerca de ellas¹⁹.

Tanto en los eremitorios apartados como en los “lugares” cercanos a las ciudades se puede notar la insistencia sobre la observancia de ciertas “prescripciones”. Entre todos los eremitorios, la Porciúncula ocupa un puesto de particular importancia en el *Memoriale* del Celanense, tanto por la frecuente mención²⁰ cuanto, sobre todo, por el valor paradigmático para la Orden de todo lo que allí se hace, como lo expresan estas palabras:

“El santo [Francisco] amó este lugar sobre todos los demás, y mandó a los hermanos que lo veneraran con especial reverencia, y quiso que lo cuidaran siempre como espejo de la Religión en humildad y altísima pobreza, reservando su propiedad a otros y teniendo él y los suyos tan solo el uso. Se observaba en él la más rígida disciplina en todo, tanto en el silencio y el trabajo como en las demás prescripciones regulares (*regularibus institutis*)” (18,5-19,1).

Una expresión semejante a “prescripciones regulares” del texto precedente, aparece también en el episodio de cierto fraile que fue tentado por el demonio y que vivía en el “lugar de los hermanos” situado en la ciudad de Siena. Después de su reconciliación gracias a la mediación de Francisco, el autor concluye con el siguiente comentario:

“Y, desde entonces, el mencionado hermano se hizo amigo de estar reunido y vivir en fraternidad, apreciando, sobre todo, los grupos en los que más brillaba la observancia regular (*regularis observantia*)” (33,7).

Tomás de Celano no especifica en ninguno de los dos casos en qué consisten “las prescripciones” ni “las observancias regulares”. Lo cierto es que tanto en los eremitorios como en los “lugares” de ciudad se nota la presencia de varios hermanos, pues se habla de *congregatio*, de *collegia*, de una “más rígida disciplina”, de silencio y de trabajo, lo cual supone cierto tipo de estructura organizativa. Damos por supuesta la existencia de algunas

¹⁹ Así, por ejemplo, se hace mención de “lugares” de hermanos en Siena (33,1; 103,1; 159,4), Bolonia en donde surge la tensión por la “domus fratrum” (58), Nocera (77,1) y de muchos otros cercanos a ciudades pequeñas como Cortona (38,3; 88,3), Greccio (35-37), Sarteano (116-117), etc.

²⁰ Aparece un total de 14 veces.

estructuras que servían de soporte a las “observancias regulares”; trataremos de reconstruir estas últimas a partir de los datos que nos ofrece el *Memoriale* sobre varios aspectos que aparecen allí con una cierta frecuencia, como la vida de oración y los ayunos, los actos ordinarios durante la jornada y algunas actividades internas, como el cuidado de los enfermos, la acogida de los huéspedes y el servicio de los que ejercían la autoridad.

1. La vida de oración

En este campo la información que ofrece la *2Celano* es muy abundante, lo cual nos permite asomarnos a las diversas formas de oración, tanto la comunitaria como la privada, en la cual tenía una gran importancia el silencio y la contemplación.

La oración comunitaria. Al presentar el modelo de la Porciúncula, Tomás de Celano afirma que “los moradores de aquel lugar estaban entregados sin cesar a las alabanzas divinas día y noche, y llevaban una vida angélica que difundía en torno maravillosa fragancia” (19,7). Al parecer, esta “vida angélica” tenía una expresión particular en el rezo del oficio divino pues, partiendo del supuesto de que “en el coro se salmodia en presencia de los ángeles”, Francisco “quería que todos los hermanos que pudieran se reunieran en el coro y salmodiaran allí con devoción” (197,4).

Sobre la asiduidad del santo al rezo del oficio divino y la forma como lo hacía, el biógrafo dice que

“en el rezo de las horas canónicas era temeroso de Dios a la par que devoto. Aunque padecía de los ojos, del estómago, del bazo y del hígado, no se apoyaba en el muro o la pared durante el rezo de los salmos, sino que decía las horas siempre de pie, la cabeza descubierta, la vista recogida y sin languideces” (96,1-2).

Este episodio, que bien puede colocarse en los últimos años de la vida de Francisco, además de la finalidad pedagógica, refleja de alguna manera la insistencia del santo en varios de sus Escritos sobre la fidelidad al rezo del oficio divino²¹. La importancia que le daba al cumplimiento de esta

²¹ Es particularmente elocuente la petición de perdón que hace el santo por “no haber rezado el oficio como manda la Regla, o por negligencia” y la exhortación a los clérigos para que lo digan “con devoción en la presencia del Señor” en su *Carta a toda la Orden* [CtaOrd] 39-43.

obligación aparece expresada de modo dramático en el episodio del vaso que lanzó al fuego porque le había servido de distracción durante el rezo de tercia²². Una tal exigencia consigo mismo es la que explica que se hubiese vuelto intransigente hacia el final de sus días en esta materia, como lo demuestran los severos castigos anunciados en su *Testamento* para aquellos que no rezan el oficio según la Regla²³.

En algunos casos la pobreza no les permitía a los hermanos tener breviarios, por lo que leían las lecciones de maitines en el único ejemplar del Nuevo Testamento que tenían, al cual, sin embargo, renunciaron, para regalárselo a la madre pobre de dos de ellos²⁴.

Lo que nos dice la *2Celano* sobre la forma como Francisco y los hermanos rezaban el oficio divino, corresponde a las normas cortas pero precisas que se encuentran en las dos redacciones de la Regla, en las cuales se prevé además el oficio de los Padrenuestros para los hermanos que no sabían leer²⁵. La Regla para los eremitorios precisa mejor los horarios que se debían observar en esos lugares para el rezo de las horas canónicas: las “completas” tan pronto se pone el sol, los “maitines” a medianoche, se mencionan todas las horas menores y se especifica que el rezo de “prima” y el de “vísperas” se digan “a la hora conveniente”²⁶.

Tomás de Celano nos da también algunos datos sobre *la celebración de la Eucaristía*. Así, al referirse a la devoción que tenía el santo al Cuerpo del Señor, afirma que “juzgaba notable desprecio no oír al menos una misa cada día, si podía. Comulgaba con frecuencia y con tal devoción, que enervorizaba a los otros” (201,2). En la descripción del ministro general que el autor pone en labios de Francisco, dice que “debe comenzar la mañana con la misa diaria y encomendarse a sí mismo y la grey a la protección divina con devoción prolongada” (185,4). A la luz de esto, se puede deducir que se celebraba una misa al día, por la mañana; es una misa celebrada en común, como se deduce del episodio de los hermanos que habitaban el eremitorio de Montecasale quienes, al remover la sabanilla que cubría el altar para celebrar, “como era costumbre”, encontraron unos huesos muy bien conservados²⁷. Esta celebración diaria y común corresponde a la exhortación que hace el santo en la Carta a toda la Orden a fin de que, “en los lugares en los

²² Cf. 97,4-9.

²³ Cf. *Test* 29-33.

²⁴ Cf. 91.

²⁵ Cf. *RegB* 3,1-4; *RegNB* 3,1-10.

²⁶ Cf. *RegEr* 3-6.

²⁷ Cf. 202,5.

que moran los hermanos, se celebre solamente una misa en el día, según la forma de la santa Iglesia”²⁸.

Con relación a los otros sacramentos, la *2Celano* sólo ofrece una alusión a *la praxis de la confesión* en el relato del hermano que fingía llevar una vida de alta santidad y sólo se confesaba por señas. Al desenmascararlo, Francisco presenta la confesión como una señal de conversión; por ello dice: “Para mí es claro, y prueba de ello es que no quiere confesarse”; poco después agrega refiriéndose a la frecuencia: “Amonestadle que se confiese una o dos veces a la semana; si no lo hace, veréis que es verdad lo que os he dicho” (28,8.11). Sobre la confesión se habla también a propósito de las imaginaciones que le venían a Francisco durante la oración²⁹ y de los sufrimientos de un hermano escrupuloso³⁰. A la práctica de este sacramento la *RegB* dedica un capítulo especial que sintetiza y precisa en términos canónicos lo que aparece más extenso en el capítulo paralelo de la Regla de 1221; en ambos casos se insiste también sobre la forma de afrontar caritativamente las faltas de los hermanos, evitando airarse ni conturbarse por el pecado de alguno³¹.

Según lo que se narra en varios episodios, se puede verificar la praxis de una especie de *confesión pública*, fruto de la corrección fraterna, como se deduce de estas palabras que el biógrafo coloca en los labios de Francisco, en las que se describe una especie de ritual:

“Cualquier hermano que incurriere en alguna palabra ociosa o inútil, está obligado a decir enseguida su culpa y a rezar un Padrenuestro por cada palabra ociosa. Igualmente, es mi voluntad que, si el hermano se adelanta a acusar su falta, diga el Padrenuestro por su propia alma; si se la reprocha antes algún otro hermano, lo dirá por el alma del que le ha reprochado” (160,2-3).

Otros casos de confesión pública son, por ejemplo, la que le fue impuesta a un hermano de quitarse la túnica y postrarse ante el pobre de quien

²⁸ Cf. *CtaOrd* 30. La importancia que da esta Carta a la Eucaristía en la forma de vida de los hermanos explica la ausencia de este tema en la *RegB*; en la *RegNB* 20,5 el tema es tratado de forma breve e insiste sobre todo en la comunión.

²⁹ Cf. 97,1-2.

³⁰ Cf. 124.

³¹ Cf. *RegB* 7 y *RegNB* 5; 20,5. Para una explicación de estos capítulos nos permitimos remitir a F. URIBE, *La Regla de san Francisco. Letra y espíritu*, Publicaciones Instituto Teológico de Murcia OFM, Murcia 2006, 216-231.

había hablado mal³², o las que hizo un día Francisco por haber comido pollo antes de la Navidad³³, o la que hizo el mismo santo al descubrir sus sentimientos de vanidad³⁴, o el castigo que le fue impuesto a un fraile que colocó en la ventana la ofrenda de dinero que un devoto había dejado cerca de la cruz en la iglesia de la Porciúncula³⁵, o el reconocimiento público, postrodo en la tierra con los brazos en cruz, que hizo el hermano del eremitorio español por no haber llegado a tiempo a la mesa común³⁶.

La oración privada. En la *2Celano* se supone que los hermanos llevaban además un ritmo de oración privada, diferente del comunitario. Esto se puede deducir, por ejemplo, de lo que se dice sobre lo que debería ser el comportamiento habitual de quien ha de dedicarse al oficio de la predicación, pues “debe sacar primero de la oración hecha en secreto lo que vaya a difundir después por los discursos sagrados” (163,3). Algo semejante se desprende de lo que se afirma acerca de los hermanos simples, cuyas oraciones, no las predicaciones de los doctos, son las que logran los efectos de la conversión³⁷.

2. Ayunos y abstinencias

De conformidad con lo que manda la Regla sobre los ayunos y abstinencias³⁸, a través del *Memoriale* es posible darse una idea sobre el ritmo penitencial que llevaban los hermanos, en especial a partir del severo y admirable (aunque no imitable) programa de ayunos que seguía Francisco. El texto hace alusión al ayuno prescrito por la Regla (3,5) desde la fiesta de Todos los Santos hasta la Navidad del Señor, que en cierta ocasión no cumplió el santo debido a la debilidad de su cuerpo³⁹. En otro lugar menciona la

³² Cf. 85.

³³ Cf. 131.

³⁴ Cf. 132. No sería raro ver en estas formas de confesión, en las que no figura el sacerdote, algún reflejo de la confesión laical, de la que quedan algunos rasgos en la *RegNB* 20,3: “Pero, si entonces no pudieren tener un sacerdote, confiésense con un hermano suyo, como dice el apóstol Santiago: «Confesaos mutuamente vuestros pecados»”.

³⁵ Cf. 65.

³⁶ Cf. 178,7.

³⁷ Cf. 164,2; 197,7.

³⁸ Además de los viernes, la Regla prescribe tres períodos de ayuno: el de Adviento, el de la Epifanía y la cuaresma que precede a la Resurrección. El segundo no era obligatorio (cf. *RegB* 3,5-9; *RegNB* 3,11-13).

³⁹ Cf. 131.

cuaresma que él hacía como preparación a la fiesta del arcángel San Miguel (29 de septiembre) y que comenzaba desde la Asunción a mediados de agosto⁴⁰; dado que era una expresión de su devoción personal, no se la puede tomar como una praxis normal de los hermanos. Tomás de Celano hace mención de dos cuaresmas más celebradas por el Pobrecillo, pero sin determinarlas⁴¹. Del texto se deduce también que los viernes del año se observaba la abstinencia de carne, salvo cuando caía en Navidad⁴².

En relación con el tema del ayuno y la abstinencia, vale la pena recordar dos episodios de gran belleza en los que se pone en evidencia el talante humanitario de Francisco. El primero de ellos es el del hermano que, por causa del ayuno, una noche despertó a todos los demás quejándose de que se moría de hambre; el santo hizo preparar la mesa a fin de que se reconfortara y, para que no se sintiera avergonzado, se adelantó a comer de primero e invitó a los demás a que lo siguieran⁴³. El otro caso, que tiene un esquema semejante, es el del enfermo que, deseoso de comer uvas, fue llevado por Francisco debajo de una vid, comenzando él a saborearlas para animarlo a que hiciera lo mismo⁴⁴.

3. Acciones ordinarias durante la jornada

Para darnos una idea acerca de la vida ordinaria de los hermanos, conviene comenzar por lo que pudo haber sido su actividad en las celdas que habitaban. Una buena ocasión para ello nos la da la *2Celano* cuando las describe con motivo de la visita que hizo a la Porciúncula el obispo de Ostia y se asomó a varias de ellas. Además de la pobreza de los enseres, que fue lo que impresionó al prelado, ese escenario nos permite deducir no sólo la forma como dormían, sino también las actividades que eventualmente podían realizar dentro de ellas durante el día:

“Tan abundante era la copiosa pobreza en patates y lechos, que quien tenía sobre las pajas unos paños remendados, creía tener un lecho suntuoso. Esto ocurrió durante un capítulo que se celebraba en Santa María de la Porciúncula. Llegó al lugar a visitar a los hermanos el señor obispo de Ostia con numeroso

⁴⁰ Cf. 197,6.

⁴¹ Cf. 97,4; 169,1.

⁴² Cf. 199,4.

⁴³ Cf. 22,15.

⁴⁴ Cf. 176.

séquito de caballeros y clérigos. Al ver que los hermanos dormían en el suelo y reparando en los lechos -que bien podían tomarse por cubil de fieras-, deshecho en lágrimas, dijo delante de todos: «Mirad donde duermen los hermanos» (63,1-3).

Las comidas tenían un horario determinado⁴⁵ y se convocaba a ellas con una señal⁴⁶, pero no se ofrecen más especificaciones; en algún caso parece insinuarse que había una comida al día⁴⁷ y, en otro, que también se comía al final de la jornada⁴⁸. En los días festivos, los hermanos preparaban una comida especial⁴⁹. Mientras en los períodos de retiro Francisco se reserva la libertad de no estar en la mesa común⁵⁰, los hermanos del eremitorio español van a buscar al hermano contemplativo que no se hacía presente⁵¹; de todas maneras, normalmente el santo aparece comiendo junto con los hermanos⁵². Según la Regla para los eremitorios, después de haber recitado la hora “tercia” del oficio, los hermanos que hacen de hijos pueden recurrir a los que hacen de madres para “pedirles limosna”⁵³; este acto de pedir limosna podría interpretarse como la petición de algo para comer y, por lo mismo, que existía un momento fijo para la comida. La mesa común hace que los hermanos experimenten la generosidad divina y humana, pero es también ocasión de tensiones, como aparece en el episodio aleccionador de la comida de Pascua en Greccio⁵⁴, o en la fuerte queja del mismo Tomás, quien se lamenta de que algunos trabajaban “más con las fauces que con las manos”⁵⁵.

El trabajo manual. Al presentar el modelo de vida que se llevaba en la Porciúncula, el Celanense menciona también el trabajo como uno de los elementos de la disciplina que caracterizaba a ese lugar: “Se observaba en él la más rígida disciplina en todo, tanto en el silencio y el trabajo como en las demás prescripciones regulares” (19,1). Es justo que nos preguntemos, entonces, sobre el tipo de trabajo que realizaban los hermanos según la *2Celano*.

⁴⁵ Cf. 45,2; 162,8.

⁴⁶ Cf. 178,5.

⁴⁷ Cf. 47,1.

⁴⁸ Cf. 51,1.

⁴⁹ Cf. 61.

⁵⁰ Cf. 45,1-2.

⁵¹ Cf. 178,5-6.

⁵² Cf. 47.

⁵³ Cf. *RegEr* 4-5.

⁵⁴ Cf. 61.

⁵⁵ Cf. 162; ver también 75.

En varios lugares habitados por ellos figura la presencia de un huerto, a propósito del cual Francisco da normas al hermano “hortelano” sobre cómo cortar la leña y dejar espacio para que crezcan las hierbas silvestres⁵⁶. En el episodio del perejil que pidió el santo le trajesen del huerto, se hace mención de un hermano *cocinero*⁵⁷, actividad que debió ser común en cada uno de los lugares. Entre los varios trabajos domésticos figura también el del *peluquero (rasor)*⁵⁸ y el de alguien que corta las uñas⁵⁹, que bien podría ser un enfermero. Existía también el oficio del *sastre* ejercido por los mismos hermanos, dado que en varios momentos se habla de hacer las túnicas y de remendarlas⁶⁰. Al parecer en el aseo de las túnicas se buscaba más la rapidez que la eficacia, pues no siempre se hacía lavándolas sino sacudiéndolas⁶¹. Algunos episodios hacen presumir que también existía el oficio del *sacristán*, dado que se habla de limpiar y adornar los oratorios o iglesias⁶². Francisco aparece en una ocasión labrando un vaso de madera⁶³, y de otros pasajes se deduce que varios hermanos se ocupaban en la *lectura* y que los predicadores se preparaban con el *estudio*⁶⁴. Es probable que algunos se ocupasen en escribir, pues se hace alusión a las cosas necesarias para ello: “papel y tinta”⁶⁵.

Una cosa es clara, y es que el trabajo fue cultivado por la Fraternidad primitiva como un valor, según se desprende de las siguientes palabras que, dado el tono negativo que tienen, propio del pesimismo varias veces expresado por Tomás de Celano a lo largo de esta obra, pueden reflejar también una situación anómala al momento de ser escrita:

“Solía decir [Francisco] que los perezosos que no se familiarizan con ninguno de los trabajos, serán vomitados de la boca del Señor. Ningún ocioso podía presentarsele delante que no recibiese un reproche mordaz. Pues él, modelo de toda perfección, se ocupaba y trabajaba con sus manos, sin permitirse desperdiciar en nada el don precioso del tiempo. Dijo también

⁵⁶ Cf. 165,12.13.

⁵⁷ Cf. 51,1- 6.

⁵⁸ Cf. 193,1.

⁵⁹ Cf. 42,6.

⁶⁰ Cf. 43; 69,10-13; 130,4-9. Sobre el número de las túnicas y la posibilidad de remendarlas se ocupa la *RegNB* 2,13.14; *RegB* 2,9.14.16.

⁶¹ Cf. 136,1; 138,2.

⁶² Cf. 67,4; 202,5; ver también 201,5.

⁶³ Cf. 97,4.

⁶⁴ Cf. 1,7; 62; 163,1; 164,8.

⁶⁵ Cf. 49,4; 185,9.

una vez: «Quiero que todos mis hermanos trabajen y se ocupen en algo, y que los que no saben ningún oficio, lo aprendan» (161,3).

Las palabras finales son tomadas del Testamento (20-21) de Francisco y corresponden a lo que, por otro lado, aparece prescrito en la Regla sobre la manera como los hermanos deben servir y trabajar⁶⁶. Se debe advertir que en estas fuentes, pero, sobre todo, en los textos que hemos destacado de la obra del Celanense, el término trabajo corresponde a la concepción común del Medioevo, es decir, entendido como la transformación de la materia, o sea, el trabajo manual.

Cuidado de los enfermos. Muchos de los datos que trae la *2Celano* sobre la enfermedad, se refieren a Francisco, de modo particular a las muchas que padeció antes de morir⁶⁷. Con todo, a lo largo de la obra se supone la presencia de enfermos en los lugares habitados por los hermanos, como los que estaban (en el episodio se usa el plural) en la casa de Bolonia que Francisco mandó desalojar⁶⁸. La especial solicitud que el santo tenía por los enfermos⁶⁹ y las recomendaciones que les hacía para que soportaran la enfermedad con paciencia y espíritu de penitencia, las cuales encuentran una base en la Regla⁷⁰, hacen suponer que el cuidado de los hermanos enfermos, donde los había, constituía una de las actividades normales de cada día.

Entre las actividades ordinarias de los hermanos se puede mencionar también la *hospitalidad*. En este sentido hay noticias sobre la acogida que se daba a los hermanos durante sus peregrinajes y viajes apostólicos y sobre los problemas logísticos que a veces tenían para acomodarlos, problema que se hacía particularmente evidente en la Porciúncula, en donde “no bastaban las limosnas para atenderlos en lo indispensable” (67,1). Los datos más frecuentes se refieren a la forma como era recibido Francisco las varias veces que llegó a Greccio, a Siena, a las Celle de Cortona y, al menos una vez, a Fontecolombo, Montecasale y Nocera; en uno de esos casos se cuentan las atenciones que le hicieron cuando llegó de visita a Cortona, donde los hermanos le procuraron “con todo empeño” un manto nuevo⁷¹. De fray

⁶⁶ Cf. *RegB* 5; *RegNB* 7,1-12.

⁶⁷ Cf. 210-213.

⁶⁸ Cf. 58,4.

⁶⁹ Cf. 175,1-4; 177,1-3.

⁷⁰ Cf. 175,5-8. Estas recomendaciones corresponden a las que aparecen en la *RegNB* 10,3-4; cf. *RegB* 6,9.

⁷¹ Cf. 88.

Pacífico se cuentan los especiales cuidados que tuvo en Siena con un hermano que vino a ese lugar desde Brescia para ver las llagas del Pobrecillo⁷². La hospitalidad se ejerce también con otras personas, como con el fraile dominico que llegó a Siena para ver a Francisco⁷³ o con el obispo de Asís que fue a la Porciúncula para visitarlo⁷⁴.

El servicio de las autoridades también forma parte de las acciones ordinarias durante la jornada. En la *2Celano* este servicio aparece ejercido por algunos que son llamados “ministros”, “vicarios” y “guardianes”. De los tres, estos últimos son los que tienen que ver más con la vida cotidiana de los hermanos, de modo particular en lo relacionado con las cosas materiales, como el suministro del vestido. Así, por ejemplo, en varias ocasiones es el guardián el que interviene, bien sea para conceder a Francisco el permiso de que se restituya a la mujer pobre de Machilone el manto nuevo que usaba el santo⁷⁵, o para adquirir una piel de zorro que hace coser a su túnica con el fin de calentarle el estómago, pues estaba preocupado por su salud⁷⁶, o para suministrarle un vestido que cubriera su desnudez poco antes de morir⁷⁷; es al guardián a quien acude “el Padre de los pobres” para pedirle que le busque un poco de paño para hacer una túnica⁷⁸. Pero el guardián no se ocupa sólo del vestido, sino que también es el que coordina la organización de la casa, por ejemplo, proveyendo lo necesario para la comida de los hermanos, tal como se ve en el episodio ocurrido “en un eremitorio cercano de Rieti” la vez que Francisco pidió que fuese invitado a comer el médico; en este caso el guardián se siente interpelado como responsable, pues advierte al santo sobre la pobreza de la cocina. Sabemos que aquella difícil situación tuvo un final feliz con la improvisa aparición de la mujer que les trajo “una cesta repleta de provisiones”⁷⁹. La función administrativa del guardián se reconfirma con la opinión atribuida por el Celanense a Francisco a propósito de sus disposiciones sobre el trabajo que debían ejercer los hermanos, cuando agrega: “Pero confiaba la ganancia o la merced del trabajo no a disposición del que trabaja, sino del guardián o de la familia” (161,6).

⁷² Cf. 137.

⁷³ Cf. 103.

⁷⁴ Cf. 100.

⁷⁵ Cf. 92, 5-7.

⁷⁶ Cf. 130,4-5.

⁷⁷ Cf. 215, 2-3.

⁷⁸ Cf. 43,1-3.

⁷⁹ Cf. Cf. 44.

Los vicarios aparecen poco definidos, pero casi siempre con funciones que tienen un carácter más espiritual⁸⁰. Sólo en una ocasión el vicario de Francisco, Pedro Cattáneo, aparece cumpliendo funciones administrativas, cuando se preocupa por nutrir a los muchos hermanos que estaban llegando a la Porciúncula⁸¹. Sobre las funciones de los ministros en la vida diaria, el texto no dice nada de modo explícito; sólo de manera indirecta se puede deducir que tenían una tarea formativa⁸² y, al menos en la Porciúncula, de recibir a los nuevos hermanos⁸³.

II. *La vida durante la itinerancia apostólica*

Una de las características de la vocación franciscana es la vida itinerante en función de la evangelización. Francisco de Asís quiso fundar una Fraternidad en misión y esta modalidad aparece clara desde que el Papa Inocencio III aprueba el *propositum vitae* que le presentaron los primeros hermanos. El biógrafo termina el episodio de la aprobación con estas palabras: “Desde ese momento, en virtud de la facultad que se le había concedido, Francisco comenzó a esparcir la semilla de las virtudes y a predicar con mayor fervor por ciudades y castillos” (17,9).

La itinerancia evangelizadora a través del testimonio de vida y el anuncio de la Palabra de Dios que se expresa en la anterior noticia, encuentra confirmación a lo largo de toda la *2Celano*. En efecto, hay muchos episodios que presentan a Francisco y a los hermanos recorriendo de norte a sur los caminos de Italia⁸⁴, o que vienen de Francia⁸⁵, o que atraviesan el mar para llegar a Egipto⁸⁶. Casi en todos los relatos aparecen dos o más hermanos que van juntos de camino y que afrontan las más diversas vicisitudes, como el hallazgo de dinero, o los temores, o las tensiones entre ellos⁸⁷. Ir por el mundo solos, aislados de la Fraternidad, es presentado en el *Memo-*

⁸⁰ Cf. 28,12; 207,1-2.

⁸¹ Cf. 67,1-2.

⁸² Cf. 173,1; 34,2-3.

⁸³ 67,2.

⁸⁴ Sólo para ofrecer algunos ejemplos, los encontramos en Perusa (37), la Campania (39), Toscana (41-42; 87; 92, 93, 98, 108; 137; 202); el Lacio (41; 156); los Abruzzos (42; 86); Emilia Romana (58; 147); la Puglia (68); Lombardía (78-79).

⁸⁵ Se habla de dos hermanos que vienen de Francia para ver a Francisco en 181.

⁸⁶ Cf. 30.

⁸⁷ A manera de ejemplo cf. 39; 66; 68; 31; 108; 144; 156; 181.

riale como la causa de la tentación diabólica que hizo salir de ella a uno de los hermanos⁸⁸. Casi todos los episodios que se refieren a la vida itinerante suponen que Francisco y los hermanos han dejado transitoriamente la soledad de algún eremitorio o han salido de un “lugar” para cumplir tareas apostólicas en las ciudades o las aldeas.

La obra del Celanense no se detiene de modo explícito a describir la manera como viajaban los hermanos; de todas maneras, muchas veces hace mención de ellos cuando van por los caminos⁸⁹ o interviniendo en las plazas de las ciudades⁹⁰. Hay muchos sitios en donde aparecen de paso en casas de amigos o devotos, como en Roma, Siena o Rieti, otros en donde residen temporalmente en el palacio de algún cardenal o de alguna persona de prestancia (*palatini*)⁹¹; se habla también de hermanos que ejercen determinados oficios por fuera⁹². Cuando no se dice expresamente que hacían los viajes a pie, es fácil deducirlo, pues se habla de la fatiga después del viaje⁹³; ese viajar a pie es lo que muchos italianos todavía hoy llaman el “caballo de San Francisco”. De todas maneras, cuando el santo se hallaba demasiado débil o se acercaba al final de su vida, es presentado por el texto movilizándose sobre un asno⁹⁴; sólo en una ocasión se dice que fue trasladado a caballo escoltado por varios caballeros desde Nocera Umbra hasta Asís, pues se encontraba casi moribundo⁹⁵. En otra, se cuenta que un pescador lo transportó en una barca por el lago de Rieti⁹⁶.

De acuerdo con el tema que nos ocupa, la pregunta de rigor es acerca de cómo era la vida ordinaria de los hermanos durante su itinerancia apostólica. En este caso las informaciones que ofrece la *2Celano* son más esfumadas, pero de todas maneras presentan ciertas acciones que permiten reconstruir su vida desde esta perspectiva. Los datos más abundantes se refieren a la predicación, la mendicación, el cuidado de los pobres y los leprosos, y la asistencia a las clarisas; hay también noticias sobre la forma como rezaban.

⁸⁸ Cf. 32.

⁸⁹ La palabra *via* cerca de 25 veces; *in itinere* 6 veces.

⁹⁰ Cf. 37,5.

⁹¹ Cf. 120,9; 121.

⁹² Cf. 188,9.

⁹³ Como ilustración cf. 31,2; 37,3; 38,1; 58,1; 66,1; 68,1.

⁹⁴ Cf. 31,1; 46,1; 98,3; 142,2.5.

⁹⁵ Cf. 77,2.

⁹⁶ Cf. 167,1.

1. La predicación

Una de las cosas que llaman la atención en la vida de Francisco contada en la *2Celano* es que, a pesar de insistir tanto sobre los aspectos *ad intra* de la Fraternidad, dado que en ella el Pobrecillo es presentado ante todo como un “espejo” para los hermanos, su actividad apostólica aparece como algo inherente a su propia vida. La responsabilidad de predicar lo impulsaba a salir de su retiro en los eremitorios como cuando, estando en Greccio, siente la necesidad de hacerse presente en Perugia donde había conflictos entre los ciudadanos⁹⁷. En otra ocasión llega a Alejandría de Lombardía con la intención de predicar, se hospeda en la casa de un hombre piadoso⁹⁸ y “al día siguiente, el santo predica, como de costumbre, la palabra de Dios al pueblo reunido” (79,1); nótese que el texto subraya sin dificultad su costumbre de predicarle al pueblo. Entre las muchas “correrías apostólicas”⁹⁹, el santo atraviesa el mar y llega hasta Damietta en donde, después de un momento de discernimiento, va a predicarle al ejército de los cristianos¹⁰⁰. Su dedicación a la predicación y la eficacia de la misma llevó al Celanense a llamarlo *evangelista Franciscus* (107,1).

En ciertas ocasiones Francisco aparece en su ministerio apostólico acompañado de uno de los hermanos, como en Arezzo, donde quien actúa inicialmente a través de la oración es fray Silvestre, mandado por el santo, después de lo cual interviene él mismo dirigiéndose a los habitantes de la ciudad¹⁰¹. En Terni aparece predicando al pueblo delante del obispo de la ciudad, quien hizo un elogio del santo¹⁰²; en cambio en Ímola logra superar con su humildad las objeciones que le puso el obispo del lugar y al final obtuvo la licencia de predicar¹⁰³. Más difícil fue la situación de los dos frailes que se presentaron ante el obispo de Fondi, quien no les concedió el permiso debido a la excentricidad de su barba¹⁰⁴.

En la *2Celano* aparecen también algunas de las normas que daba Francisco sobre la forma como los predicadores debían ejercer su oficio y las cualidades que debían tener, insistiendo sobre todo en que debían refrendar

⁹⁷ Cf. 37.

⁹⁸ Cf. 78,2.

⁹⁹ Cf. 84,1.

¹⁰⁰ Cf. 30.

¹⁰¹ Cf. 108.

¹⁰² Cf. 141.

¹⁰³ Cf. 147.

¹⁰⁴ Cf. 156,1-2.

con la autenticidad de la propia vida lo que anunciaran de palabra¹⁰⁵. Son disposiciones en las que el Celanense, citando el Testamento del santo, resalta el aprecio que profesaba “a todos los teólogos y a los que nos administran las palabras divinas”¹⁰⁶. Más que normas, son recomendaciones que sólo reflejan parcialmente las amplias exhortaciones contenidas en la Regla de 1221, que dos años más tarde fueron sintetizadas en la Regla bulada, acompañadas de las exigencias del examen a que debían someterse quienes hubieran de dedicarse al oficio de la predicación docta¹⁰⁷.

2. La mendicación

A pesar de que el recurso a la mendicación aparece hacia el final de la vida de Francisco como un medio alternativo de subsistencia, según se desprende de lo que él mismo dice en su Testamento: “Y cuando no nos den la paga del trabajo, recurramos a la mesa del Señor, pidiendo limosna de puerta en puerta”¹⁰⁸, en 1247 Tomás de Celano lo presenta como un medio ordinario, al menos cuando narra los episodios ocurridos durante la vida del santo. Refiriéndose a él, afirma: “El padre santo se servía de las limosnas buscadas de puerta en puerta mucho más a gusto que de las ofrecidas espontáneamente. Decía que avergonzarse de mendigar es ir contra la salvación” (71,1-2). Esta costumbre la ilustra contando cómo “...cuando aceptaba de los señores el trato de distinción de sentarle a sus mesas espléndidas, de primero limosneaba en las casas vecinas unos mendrugos...” (72,2); así lo hizo en casa del Cardinal Hugolino¹⁰⁹. El recurso a la limosna como medio normal de subsistencia aparece claro también en un episodio sucedido hacia 1221, cuando Pedro Catáneo observa que, dado el gran número de hermanos que llegaban a la Porciúncula, “no bastaban las limosnas para atenderlos en lo indispensable” (67,1).

Varios son los datos que ilustran el anterior principio y que presentan la mendicación como parte de la actividad ordinaria de los hermanos, inducidos por el ejemplo del mismo Francisco, quien a veces iba solo mientras los nuevos hermanos se habituaban¹¹⁰, pero que en no pocas ocasiones los amo-

¹⁰⁵ Cf. 163-164.

¹⁰⁶ *Test* 13.

¹⁰⁷ Cf. respectivamente *RegNB* 16 y *RegB* 9.

¹⁰⁸ *Test* 22.

¹⁰⁹ Cf. 73,1.

¹¹⁰ Cf. 74,1-2; 72,2.

nestaba a hacerlo y hasta fustigaba la holgazanería de aquel fraile “que era un nadie para limosnear y una legión a la hora de la mesa”¹¹¹. Por otro lado, se mostraba particularmente contento cuando veía que los hermanos lo hacían con simplicidad, como aparece en este breve episodio que tiene todo el encanto de una página de las Florecillas:

“Otra vez un hermano que volvía con la limosna de Asís a la Porciúncula, cerca ya del lugar, rompió a cantar, alabando al Señor en voz alta. El santo, que lo oye, se levanta de golpe, le sale corriendo al encuentro y, besándole el hombro, carga el saco en el suyo y exclama: «Bendito sea mi hermano que va presto, humilde pide, vuelve contento»” (76).

De este pasaje podemos deducir que los hermanos no iban necesariamente acompañados a pedir la limosna. De todas maneras, el Celanense precisa que, al menos en el caso específico de Francisco, el recurso a la limosna era ante todo un acto ascético: “A través de la ofrenda de la limosna buscaba, más que el sustento del cuerpo, el ganar las almas, y lo mismo en darla que en recibirla, se mostraba él a los demás como ejemplo” (78,1).

La mendicidad es presentada en la Regla de 1223 con términos elogiosos, como se deduce de estas palabras que forman parte del himno a la pobreza: “Y como peregrinos y extranjeros en este siglo sirviendo al Señor en pobreza y humildad vayan por limosna confiadamente”¹¹². De todas maneras se debe tener en cuenta que este himno está colocado después del capítulo dedicado al trabajo, que es el medio ordinario previsto en la Regla para la subsistencia. La redacción de 1221 es mucho más clara al presentar la mendicidad como un medio subsidiario dado que, después de hacer referencia a la remuneración que pueden recibir los hermanos por el trabajo, agrega: “Y cuando fuere necesario, vayan por limosna como los otros pobres”¹¹³; esta idea fue retomada por Francisco en su Testamento donde dice: “Y cuando no se nos diera el precio del trabajo, recurramos a la mesa del Señor, pidiendo limosna de puerta en puerta”¹¹⁴.

¹¹¹ Cf. 75.

¹¹² *RegB* 6,2.

¹¹³ *RegNB* 7,8; cf. *ib.*, 9,1-9, donde hay una versión más amplia del himno a la pobreza, sintetizado en *RegB* 6,1-6.

¹¹⁴ *Test* 22.

3. Cuidado de los leprosos y de los pobres

Poco después del conocido encuentro que Francisco tuvo con el leproso durante el período de su conversión inicial¹¹⁵, Tomás de Celano lo presenta visitando una leprosería y dándoles dinero a los enfermos allí reclusos¹¹⁶. Al parecer esta experiencia fue tan importante para el santo, que lo siguió haciendo en varias ocasiones, aunque en la *2Celano* sólo se menciona una vez su intención de hospedarse en un lugar de leprosos cerca de Borgo San Sepulcro, al narrar su descenso del monte Alvernia y la forma como pasó extático por dicha ciudad¹¹⁷. La misma obra presenta en otra ocasión a dos hermanos que se dirigen juntos, como una cosa normal, a un hospital de leprosos¹¹⁸; era frecuente en ese entonces que los hermanos pagasen su hospedaje en las leproserías sirviendo allí a los enfermos.

Otro hecho muy frecuente en las correrías de los hermanos era el contacto con los pobres. El biógrafo lo subraya de modo particular al narrar la vida de Francisco, de quien dice que su alma “desfallecía a la vista de los pobres, y a los que no podía echar una mano, les mostraba el afecto” (83,3). Su compasión hacia ellos se manifiesta de diversos modos, hasta el punto de reprender al hermano que habla mal de un pobre y exigirle la debida reparación¹¹⁹; su servicio a los pobres tiene su más frecuente expresión en el regalo que les hacía de sus propios vestidos¹²⁰ o en solicitar ayuda a quienes podían hacerlo para socorrer a los que encontraba por el camino¹²¹.

4. Asistencia a las Clarisas

Entre las actividades de los hermanos cuando iban *per viam* se debe tener en cuenta también la asistencia a los monasterios de las clarisas, aunque es necesario reconocer que el tema es tratado por el Celanense con ciertas restricciones, quizás para que sus lectores no abusaran alegando la “ejemplaridad” de Francisco, dado que en aquel entonces las relaciones entre la primera y la segunda Orden pasaban por un momento de extrema

¹¹⁵ Cf. 9,9-12.

¹¹⁶ Cf. 9,13-14.

¹¹⁷ Cf. 98,4.

¹¹⁸ Cf. 66,1.

¹¹⁹ Cf. 85.

¹²⁰ Cf. 86-90.

¹²¹ Cf. 93,7-8.

dificultad. Por este motivo el biógrafo insiste, al referirse a las damianitas, que “el Padre se retrajo poco a poco de visitarlas, aunque su afecto en el Espíritu Santo no cesó de velar por ellas” (204,4). No obstante, a renglón seguido subraya que “prometió prestar ayuda y consejo a perpetuidad, de su parte y de la de sus hermanos, a ellas y a las demás que profesaban firmemente la pobreza con el mismo tenor de vida”. Luego agrega: “Mientras vivió fue solícito en cumplirlo así y, próximo ya a la muerte, mandó con interés que lo cumplieran por siempre...” (204,5-6). Estas palabras coinciden con la promesa que había hecho el santo a Clara y sus hermanas al comienzo de su aventura evangélica en el corto texto que hoy conocemos como “Forma de vida para Santa Clara” en donde declara: “quiero y prometo tener siempre, por mí y mis hermanos, un cuidado amoroso y una solicitud especial de vosotras como de ellos”¹²²; es una promesa que ha llegado a nuestro conocimiento gracias a que la santa la incluyó en el capítulo 6 de la Regla aprobada por el Papa Inocencio IV en 1253.

Tomás de Celano insiste sobre la cautela de Francisco en visitar con frecuencia a las hermanas y exige que el visitador no sea alguien que se ofrezca espontáneamente, sino que sean escogidos varones espirituales, recomendables por una vida virtuosa de años¹²³. Este hecho y los ejemplos que cuentan la reprensión que recibieron algunos hermanos que visitaban por voluntad propia los monasterios¹²⁴, demuestran que la asistencia a las clarisas era una de las actividades habituales en los primeros años de la vida franciscana. En una ocasión el texto hace mención de la presencia de Francisco junto con fray Pacífico en un monasterio de pobres enclaustradas¹²⁵ y, en otra, de la predicación del santo ante las damianitas, quien de modo escenográfico traza con la ceniza un círculo alrededor de sí y el resto se lo echa sobre la cabeza¹²⁶.

Además de lo que hemos indicado hasta aquí, se podría completar el cuadro de la vida ordinaria de los hermanos durante sus desplazamientos con otros detalles como, por ejemplo, la observancia del ritmo de las horas canónicas mientras estaban de camino; se detenían para rezarlas dondequiera ocurriese y lo hacían aun bajo la lluvia¹²⁷. Igual cosa ocurría con la

¹²² *Forma de vida para Santa Clara*, 2.

¹²³ Cf. 205.

¹²⁴ Cf. 206.

¹²⁵ Cf. 106,5; se refiere al de Colpersito, cerca de San Severino, mencionado en *ICelano* 78.

¹²⁶ Cf. 207.

¹²⁷ Cf. 96,3-5.

vida de oración, sobre la cual el biógrafo presenta varios ejemplos¹²⁸ en los que Francisco aparece de modo admirable como alguien que en ningún momento dejaba apagar el espíritu de oración y devoción, como se dice en la Regla¹²⁹.

A manera de conclusión

Creemos conveniente concluir este estudio recogiendo algunos de los datos surgidos a lo largo del análisis que hemos hecho, con el fin de tener una idea de conjunto sobre la vida cotidiana experimentada por la primitiva Fraternidad franciscana.

Es bueno observar ante todo que, a pesar de que el *Memoriale* escrito por Tomás de Celano se centra de modo particular en la presentación de San Francisco como “espejo de perfección”, ofrece una buena cantidad de datos válidos sobre la forma de vida de los primeros hermanos. La mayoría de tales datos aparecen “filtrados” a través de la experiencia del santo, pero alcanzan a delinear un cuadro bastante completo sobre los principales elementos que constituían el tejido de la vida diaria de toda la Fraternidad.

El recurso a la Regla y a otros Escritos de Francisco como término de comparación para algunos de los temas tratados nos ha servido para verificar, en varios casos, que ellos son origen inspirador de ciertos aspectos de la vida y, en otros, para detectar los primeros síntomas de una evolución en la forma de vida. De todas maneras, no obstante la asimetría de las dos fuentes en cuanto a la naturaleza, la extensión y el género literario, entre ambas se logra un consenso común en varios aspectos de la vida ordinaria.

El análisis del texto nos ha permitido distinguir dos tipos de residencia de los hermanos: los identificados con el término genérico de “lugares”, habitados por los que llevaban la vida ordinaria prevista en la Regla común, y los conocidos como “eremitorios”, habitados por pocos hermanos (no más de cuatro), en donde se seguía un reglamento más estricto de oración y silencio (Regla para los eremitorios).

Tanto en los “lugares” como en los “eremitorios”, la vida ordinaria aparece jalonada por ciertos *momentos* especiales, propios de un grupo de religiosos que viven en común, entre los cuales se destacan los destinados a la oración comunitaria (en particular al rezo del Oficio Divino), a la celebra-

¹²⁸ Cf. 123; 98; 94,8-12; 95,10-11.

¹²⁹ Cf. *RegB* 5,2.

ción de la Eucaristía y a las comidas. El realce que le dan las fuentes a estos momentos denota la importancia que tienen como motor y expresión de la vida de los hermanos.

Como complemento de lo que precede, las fuentes señalan diversas *prácticas* comunes que, al parecer, tenían también un papel importante en la concepción de la vida, como la corrección fraterna expresada a veces con gestos de carácter penitencial y la mortificación a través de ayunos y abstinencias durante los días especialmente dedicados a ello. A estas prácticas se agrega la del sacramento de la penitencia.

En el cuadro de la vida cotidiana entran también varias *acciones* no siempre bien especificadas por las fuentes, pero que podían ser realizadas tanto en los “lugares” como en los “eremitorios”. Entre ellas se mencionan diversos oficios domésticos como los de cocinero, hortelano, sastre, sacristán, el que atiende a los huéspedes o el que cuida de los enfermos. De los textos se deduce también que los hermanos que se dedicaban a la predicación debían prepararse con el estudio.

Había además diversos *servicios institucionales* propios de cualquier grupo que tiene un mínimo de organización. Tales servicios aparecen asignados a los que ejercen la autoridad, de los cuales se distinguen tres categorías: los ministros, los custodios y los guardianes; éstos últimos son los que aparecen con más frecuencia y siempre interviniendo en actividades relacionadas con la organización doméstica, en particular, con la comida y el vestido de los frailes.

Además del ritmo de vida ordinaria que se llevaba en los lugares más o menos fijos, la *2Celano* nos ofrece algunas noticias sobre el tipo de vida que hacían los hermanos durante sus desplazamientos. En este caso hay dos actividades que aparecen con más frecuencia: la predicación, en la que a veces el predicador figura acompañado por otro fraile, y la mendicación, que al parecer era ejercida individualmente. La obra del Celanense habla también sobre la asistencia a las Clarisas que podían ejercer sólo aquellos hermanos que cumpliesen ciertos requisitos. Hay referencias a otras actividades que se hacían fuera de los “lugares”, como el cuidado de los leprosos y de los pobres, pero las noticias sobre el particular no brindan muchos detalles.

Mirando en su conjunto los datos sobre la vida cotidiana, nos damos cuenta de que se refieren a una Fraternidad que tiene ya algunas estructuras organizativas bien establecidas aunque, al parecer, no demasiado rígidas; en algunas de ellas se puede descubrir una cierta improvisación propia de los períodos iniciales. Lo que sí aparece claro tanto en el *Memorial* de Tomás de Celano como en los Escritos de Francisco es la decidida inspiración evangélica que tiene la vida de los Hermanos Menores.

